ORACIÓN POÉTICA
A LA VIRGEN
DE LA MEDALLA MILAGROSA

Juan Manuel del Río, CSsR

INDICE

	Pág.
PREÁMBULO	3
CUADRO 1: LA HISTORIA DE MARÍA ARRANCA Y CULMINA EN EL EVANGELIO	5
CUADRO 2: MARÍA, POR HUMANA, PARECE DIVINA	7
CUADRO 3: MARIA, SORPRESA DE DIOS	11
CUADRO 4: MANOS DE AMA DE CASA	16
CUADRO 5: MARÍA, EN LA VIDA DE LA IGLESIA	18
CUADRO 6: ORILLAS DEL LAGO DEL ARPA	21
EPILOGO Y FINAL	26

PREÁMBULO

Permítaseme comenzar esta **Oración poética a María,** bajo la advocación de **La Virgen de la Medalla Milagrosa**, citando aquel verso del gran poeta y escritor que fue Pemán: *"Sor Blanca, la monja azul de la Caridad…"*. Alusión directa a las Hijas de la Caridad.

Efectivamente, cuando hace años se visitaba un hospital, ver una Hija de la Caridad era como ver un ángel a la cabecera de los enfermos. Toca blanca, de alas anchas, vestido azul. Todo al estilo francés. Qué confianza y serenidad infundían.

Y si hemos de hablar de la **Medalla Milagrosa**, imprescindible resulta aludir a **Santa Catalina Labouré** (2 de mayo de 1806 - París, 31 diciembre 1876) religiosa de las Hijas de la Caridad, que supo transmitir el deseo de la Virgen María de crear **La Medalla Milagrosa**.

La Virgen se le manifestó el 18 de julio y el 27 de noviembre de 1830. Cumplió la misión que según ella le encomendó la Virgen: acuñar una medalla, alusiva a su **Inmaculada Concepción.** *La Medalla Milagrosa*.

Su cuerpo incorrupto se encuentra actualmente en un féretro de cristal en la Capilla de Ntra. Sra. de la Medalla Milagrosa, en la Rue du Bac, París. El papa Pío XI la beatificó el 28 de mayo de 1933 y Pío XII la canonizó el 27 de julio de 1947. Su fiesta se celebra el 27 de noviembre. Vale la pena repetir a menudo esta invocación, tan querida para ella: "Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos".

Para continuar, vaya por delante este poema:

TE PINTARON DE AZUL MIS OJOS

Te pintaron de azul mis ojos
y el paisaje se hizo blanco
tan blanco como la nieve.

Te pintaron de rojo mis ojos
y surgió un corazón grande de madre
arrullándome en su seno.

Te pintaron de verde mis ojos
y en tus brazos maternales
sentí renacer en mí la esperanza.

Te pintaron de Madre mis sueños
y los ángeles cantaron
el Ave María a dúo.

CUADRO 1

LA HISTORIA DE MARÍA
ARRANCA Y CULMINA EN EL EVANGELIO

La única fuente segura para conocer a María es el Evangelio. María aparece en el Evangelio en tres momentos puntuales: **El primero** es en **la Anunciación**: el Arcángel Gabriel le comunica el mensaje de Dios: ser Madre (Lc 1, 26-38). Madre del Dios hecho Hombre. **El segundo** en **las bodas de Caná.** Igual que su Hijo y que los apóstoles, ella también está invitada (Jn 2, 1-10). **El tercero,** cuando **Cristo agoniza en la cruz**, momento en que pasa a ser Madre de todos los seguidores de su Divino Hijo (Jn 19, 25-28).

Y aún podemos añadir un **cuarto momento**, enormemente significativo. Es cuando **los apóstoles regresan a Jerusalén** tras la Ascensión de Cristo a los cielos, y se reúnen **en el Cenáculo**. Allí **reciben el Espíritu Santo el día de Pentecostés**. Y allí, **en medio de ellos, está María** (Hch 1, 12-15), como Madre de la naciente Iglesia.

María aparece como Mujer excepcional; mujer de carne y hueso en quien Dios ha hecho maravillas sin despojarla de su realidad humana. Su maternidad divina no la diviniza, pero la eleva a una categoría única y sublime. Por eso podemos decirle: En ti, María, se engloba toda la historia de la Salvación.

En el reloj biológico de su vida, le llega la hora de hacerse **novia**. Y se convierte en la **prometida de José**, primero, y luego en su **esposa**.

Es justo que la saludemos: Eres mujer creyente, **mujer de pueblo, sencilla y humilde**, que sientes a **Dios presente en tu historia personal** y en la historia del pueblo que espera al Mesías. **Tu maternidad es por vocación**. Dios te llama a ser **Madre**. Por eso:

Déjame posar mis manos,
en el regazo virgen de tu maternidad,
María,
que fluye como un río caudaloso
a cuyo cauce se asoman
las raíces de las razas todas,
nacidas

en la noche inmemorial del tiempo
de donde venimos todos
cautivos de atávicas soledades
amasadas en el silencio de la tierra madre.

Déjame, pues, llamarte **MILAGROSA,** como balbuciendo un grito, que grito de auxilio fue el de Jesús en la cruz: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc. 15,34), cuyo eco y respuesta es el aparente silencio de Dios, como si Dios al callar dijera: acudid a María.

Y, a ella acudimos. Su protagonismo es callado y eficiente. Sufre cuando hay que sufrir y goza cuando hay que gozar, como cualquiera de los humanos. Pero María sobrepasa a los humanos.

Ay, dulce raza, mi raza,
de la estepa y del desierto,
del valle y de la montaña,
cerremos en silencio los ojos
antes de regresar al mar,
que es donde la vida nace.

Como mujer, no pierde detalle de cuanto a su alrededor sucede. Pronto se da cuenta de que comienza a escasear el vino en las tinajas. Con qué dulce autoridad, que no autoritarismo, actúa. Es su experiencia de ama de casa. Y **asume un protagonismo**, necesario y eficaz, que pasa desapercibido hasta para los novios e invitados al banquete de bodas. Ella hace que Cristo actúe. **Y el milagro se produce.**

Por eso, María, te has convertido en un canto de alegría y gozo al amor humano. Tu presencia en Caná es al mismo tiempo un canto al amor humano, y al amor divino. **Empujas a tu Hijo a que intervenga,** para que la fiesta no decaiga. Y así, sin aspavientos, sin que nadie lo advierta, **pones a Jesús en el centro de la escena**.

Por eso, Madre Milagrosa, yo también quiero expresarte mi canto, desde las coordenadas del tiempo, donde convergen todas las culturas: tartesia, fenicia, budista, romana, animista, musulmana, judía y cristiana. Y otras que no conozco.

CUADRO 2

MARÍA, POR HUMANA, PARECE DIVINA

La Historia se eterniza en el pueblo. Y el pueblo agranda la Historia. Cuántas páginas de historia viva duermen en ti, María. Me imagino **aquel atardecer en Nazareth.** Y, el recuerdo, me hace sentir como un aletear de ángeles. Evocación. Ensueño. Realidad hecha Vida.

En tu tiempo, Nazareth era apenas una aldea, donde cabe, sin embargo, el Universo. Y en ese Universo, Tú, **optando desde tu libertad, por un Sí total y radiante al Hacedor del Universo.** Por eso, en ti estamos acariciados de eternidad. También de libertad. Sin libertad, el hombre no sería humano. De pronto, **un ángel ha cruzado raudo los cielos de Nazareth.** Sorpresa en el candor virginal de María. Cielo y tierra se juntan.

Para no profanar la santidad del lugar, déjame asomarme, como de puntillas, como un Paul Claudel, escuchando el Magníficat, se asomó aquel día al fulgor de la Anunciación. Para ver, ¿qué es lo que ve? Ve a **Dios, el gran Soñador, disfrazándose de Ángel, que te dice: "¡Jaire, María! ¡Alégrate, María…!".** Y María se estremece de Juventud en sazón.

Y la ve regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. María ha depositado el cántaro en un rincón de la cueva. Todo huele a limpio. Sus padres se han acostado ya. Y ella se ha puesto a rezar —que rezar es un modo precioso de soñar—.

Sus sueños son los sueños de Dios. De pronto: **—"¡Jaire, María!" ¡Alégrate, María…!"**. María se sobresalta, de sorpresa y alegría. ¿Y yo…?

Yo te imagino, dulce doncella,
tal cual eres,
de cara tersa y morena;
tienes el color de la madera
de los cedros del Líbano,
y la belleza grácil
de las rosas del Sarón,
la verticalidad ascendente
de la azucena

y ese andar presuroso de gacela
que corre tras las celosías
atisbando amores de primavera,
como en el Cantar de los Cantares.

María, desde el origen mismo del cristianismo, tu presencia ha sido una realidad constante, sin pausa, en la Iglesia. Y en el fervor de los pueblos.

Por eso el pueblo te implora y te canta, porque eres la vía corta por la que se llega a Cristo. Y la Iglesia te llama *Redemptoris Mater*. Madre del Redentor.

El pueblo cristiano ha sabido captar, social y antropológicamente, tu grandeza. Y al llegar la Navidad, y colocar *"el belén",* lo expresa volcándose en ternura, mientras tú nos muestras a tu Niño recién nacido. O cuando vas con Él a buscar el agua en la fuente. Déjame expresarlo en un poema:

La Virgen va a buscar agua
hasta la fuente del pueblo,
lleva al hombro el cantarillo
y a Jesús Niño en su seno.
Quién fuera el sol p'alumbrar
hasta la fuente el sendero
por donde va el cantarillo
junto al Niño Nazareno.

Me llenaría de luz
junto al agua del venero
y al Niño yo le diría
déjame ser tu sendero.

Estampada en miles de medallas, eres, María de la Medalla Milagrosa, reconstructora del hombre. Vivimos en un mundo donde la peor de las lacras sociales es hoy la pobreza. Una pobreza que es real y artificial al mismo tiempo.

Que es real a la vista está. Y que es artificial, también. Porque la pobreza, al menos en su extrema gravedad, es evitable. La tremenda desigualdad entre unos seres y otros en el mundo actual es el sarcasmo más blasfemo de todos los tiempos contra el mismo hombre. ***«Tú no has nacido para la muerte»,*** decía Keats en su Oda al ruiseñor. Se equivocó.

Cada día caen atrapados en las telarañas invisibles de la niebla de los poderosos, millones de seres, como pájaros a los que se le cortan las alas, para seguir siendo pobres.

La pobreza crea bolsas tremendas de incultura. Gente cuyo talento jamás será aprovechado, porque la falta de recursos les impide ir, ya no sólo a una escuela superior o a una universidad; ni siquiera a una escuela primaria. Sin contar el problema de convivencia social que aumenta, por el resquemor que la misma pobreza conlleva. Por eso, déjame presentar **mi elegía:**

Hoy quiero cantar elegías
a los campesinos y a los pobres
que no necesitan despertadores,
les basta el canto de los gallos
para comenzar el día,
que empieza con un concierto
de jilgueros y ruiseñores,
que alegra la mañana cada día,
pero acallaron su canto los cazadores
y hoy no hay pájaros cantores.

Tú también fuiste campesina, María. Te tocó vivir en una sociedad patriarcal y judía, donde la mujer carecía de relevancia social. Donde las hijas pasaban del poder del padre al del esposo. Su función principal era la maternidad. Podían ser repudiadas fácilmente por el marido. No se le tenía en cuenta ni en la sinagoga. Es célebre el dicho del judío, que alababa y daba gracias a Dios por no haberlo creado mujer.

Urge, pues, reconstruir al hombre. Pensemos en la situación de pobreza opresora y denigrante en que vive tanta gente hoy, pensemos en la situación forzosa de los emigrantes, en las pateras que el mar voraz se traga, en las mujeres maltratadas, en la explotación sexual de tantos niños por el turismo sexual y aberrante, en los salarios de hambre, en los parados sin trabajo… Es urgente la necesidad de que la sociedad en general, y los gobiernos de turno en particular, todos, reflexionemos al respecto y tratemos de poner límite a esta lacerante realidad. ¿Cómo?

Viviendo la vida en el Espíritu. Porque sólo Dios es camino de libertad. Y urge amar al estilo de Dios. El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium, (La Alegría del Evangelio* n.288*),* señala: *"María es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás 'sin demora'".*

¡Sin demora!, ¡oh, MARIA LA MILAGROSA! Porque tu Dios, y nuestro es el Dios de la Historia. El Dios que ama al Hombre porque es su creación más querida.

Dios ama la vida. El Hombre debe ser *Evangelio de vida*. Hemos sido redimidos por el "autor de la vida" (Hch 3,15 y a precio de su preciosa sangre (cf 1 Cor 6,20; 7,23; 1 P 1,19).

CUADRO 3

MARIA, SORPRESA DE DIOS

Por tradición, puesto que pertenecía a una familia profundamente religiosa, qué duda cabe que María conocería las Escrituras. Mujer, pues, creyente y practicante de una religión profundamente arraigada en la entraña misma del Pueblo, que daba personalidad y cohesión al Pueblo, donde nada se entendía sin referencia directa a Dios. María esperaba con fe profunda, como todos los judíos, la venida del Mesías.

Lo que nunca podía imaginarse es que ella iba a ser la Mujer que Dios había designado para ser la Madre del Mesías prometido y esperado. Y la hemos visto como Madre de Cristo.

Fueron pasando los años. Cristo estaba en la plenitud de su vida. Y todos sabemos lo que cuentan los Evangelios. Así, pues, **nos situamos en el Calvario**. Estamos ante la escena **más dolorosa** para María: por una parte, ver morir a su Hijo en la cruz. Por otra parte, la **más gloriosa** para los cristianos. Es allí, al pie de la cruz, donde se produce el parto más increíble de la historia: se convierte en Madre de todos los cristianos, representados en la persona del apóstol Juan. "He ahí a tu hijo…". Y Juan era representante y símbolo de todos los cristianos.

Madre de la Iglesia, al pie de la cruz.

Hay un detalle significativo en la muerte de Cristo: *"No le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua"* (Jn 19,33). Salió sangre y agua: Todo un símbolo. Fuente de agua viva, sacramental. Bautismo para la nueva Vida en Cristo.

Parafraseando a san Juan de la Cruz, diríamos:

"Que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche.
Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche".

Aplicación, pues, **bautismal.** Del agua y del Espíritu, nacemos los cristianos: hombres y mujeres **"nuevos en Cristo"** (Jn. 3,3-7). Cristo

muere y resucita. Su costado es una fuente de donde brota agua viva y sangre redentora. Y el Bautismo es también morir y resucitar con Cristo, como elocuentemente lo expresa san Pablo en el capítulo seis de la Carta a los Romanos.

El costado de Cristo, fuente de agua viva. Cómo recordarías, María, aquella otra fuente cuando ibas a buscar agua con tu Hijo niño. Esta es otra fuente donde beben todos los hijos dispersos. Porque Dios quiere que "todo el que reconoce al Hijo tenga vida eterna y resucite en el último día" (Jn. 6,40).

El Evangelio está lleno de signos y símbolos, como… **El pozo de la samaritana.** Lo llaman **el Pozo de Jacob**. Tiempo, desierto, historia, y gente, se asoman a su brocal. Otros, prefieren llamarlo el Pozo de la Samaritana. Mujer, sueños, idilios, sed, se entrecruzan en él. Fue Jesús, sin embargo, quien lo inmortalizó. Rodeado de olivos, este pozo es, en definitiva, el pozo de todos los encuentros que convergen, por fin, en la fe.

Como un peregrino más, como un caminante de tantos, sediento, y, en definitiva, necesitado del agua de la Vida, también yo quiero acercarme hoy a este pozo.

De Jacob, de la Samaritana, de Jesús…, da igual como lo llamemos; que no es cuestión de nombres, sino de realidades. Más que su nombre, me interesa el Pozo en sí. Porque es éste un Pozo lleno de Luz, donde el agua no es el agua de nuestras diarias penurias, sino donde agua y sed son, por igual, metáfora alzada en el tiempo. Indicador de resequedad, de desierto. Y flecha que apunta directa al corazón. Lugar de encuentro. Por eso acudió a él la Samaritana. Y Jesús. Y yo y tú, y tantos y tantos otros.

Airosa caminaba la samaritana por el olivar, milagro arrancado al desierto, en busca del pozo, en busca del agua, con su cantarillo en jarras, y una canción primaveral en sus labios. ¿La ven?

Cansado caminaba Jesús, cubiertos su ropa y sus pies del polvo inclemente del camino. Atrás ha quedado lo más duro del desierto; comienzan a aparecer los olivos de Sicar. No se dirige al pueblo; se detiene en el brocal del pozo que, si famoso fue, ahora quedará inmortalizado para siempre. De sus labios sedientos brota un salmo de alabanza y bendición.

Y llega la mujer. El encuentro es inminente. Hombre y mujer frente a frente; agua y sed une a los dos. No hay que perderse la escena. Por eso,

desde la diáfana página del evangelio, transcendiendo el tiempo, me acerco yo también al pozo. Y veo, más allá de los siglos, a Amós, el profeta de las estepas, que clama: *"Vendrán días en que mandará (Dios) a la tierra sed, pero no de agua, sino de oír la Palabra de Dios"* (Am 8,11). Y un escalofrío me sube por el alma.

Y me imagino a Nicodemo, el buscador insaciable del Agua de la Vida. A punto está de dar alcance al Rabí de Nazaret. Tiene una pregunta importante que hacerle: ¿Qué debo hacer para salvarme? *"Debes volver a nacer*" (Jn 3,7).

Y veo la gente, mucha gente, subiendo desde el hondón de los siglos. Todos vienen derechos al pozo, en ingente procesión. Se les unen los justos del Apocalipsis, portando ramos de olivo en las manos, todos ellos vestidos de blanco. ¿Los ven?

Hundo mi vista en el tiempo. Pozo de la Samaritana. De pronto, una grieta se abre en el roquedal del desierto, y veo brotar de la misma, como un surtidor de fuente convertida en río, el agua. Moisés ha levantado su cayado golpeando la piedra. Y el agua es un torrente que va llegando abundante hasta el pozo, en cuyo brocal Jesús de Nazaret, fatigado del camino se acaba de sentar. **—"Mujer, dame de beber" (Jn 4,7). — "Maestro, dame de esa agua".**

Y el Pozo, puesto en pie, vierte el agua sacramental, del perdón, de la solidaridad, de la amistad, sobre una humanidad sedienta, arremolinada junto al Divino Maestro.

¿Lo recuerdas, Madre?, ¿cuando tu divino Hijo, siendo todavía niño, jugaba con los demás chiquillos en las calles de Nazaret?

Déjame, pues, hundir mis manos, Madre,
en el regazo virgen de tu maternidad,
que fluye como un río impetuoso
a cuyo cauce se asoman
las raíces de las razas todas,
rumoroso río que nace pensado
para atravesar la noche de los tiempos
hasta llegar a la Mar universal
de la Creación, de donde venimos,

cautivos de atávica soledad
para humanizar mi raza.

Ay, mi raza, esparcida en la estepa,
el desierto, el valle y la montaña,
tan castigada por la sed.

Abramos nuestros ojos en la arena
y lleguemos juntos al pozo
a beber el Agua reconciliadora
que apague nuestra sed.

Otro momento, Virgen María, donde vemos también el sentido de tu Maternidad universal, es en **Pentecostés.** Ahí estabas, presente en medio de los apóstoles, tras la ascensión de Cristo a los cielos al llegar el Espíritu Santo (Act 1, 12-14). Tu presencia es ejercicio directo de una maternidad responsable y universal. Si desde la cruz tu Hijo te nombró Madre de todos nosotros, en Pentecostés inauguras tu Maternidad universal. Eres Madre de la Iglesia.

Pero es bueno recordar tu primera maternidad. No hubo sitio en la posada, y un pesebre relleno de heno fue la mejor cuna que encontraste para Jesús.

Saltan cielos y tierra de alegría
admirados y llenos de sorpresa,
pues Jesús a la Virgen, que le besa,
le dice con sus ojos: ¡Madre mía...!

Eres cariño y paz, Virgen María,
eres el Jardín donde la Promesa
brotó como una flor intacta, ilesa,
pues eres tú más limpia que la fría

nieve, cuya blancura nos conmueve.
Es tu alma paz, ternura desbordada,
esperanza y amor de un mundo nuevo.

Miras, María, al Niño y no te atreves
a decirle, por pena entreverada:
¿Por qué naces, mi Dios, en cuna de heno?

CUADRO 4

MANOS DE AMA DE CASA

Como es habitual en las aldeas y los pueblos, me imagino a María, mujer de casa, siendo la primera en levantarse para preparar el desayuno, asear la casa, mandar al hijo a la escuela. Y la última en acostarse.

Trajinando con sus manos, manos de mujer a la que, como suele decirse, "le faltaban manos" para abarcar todos los quehaceres propios (y también ajenos), María es mujer hacendosa.

Seguramente, no tendría demasiado tiempo para andar cuidando sus manos y acicalarse las uñas. Al revés de nosotros. Cuánto tiempo gastamos en preocuparnos nada más que de nosotros mismos. Y cuántas cosas dejamos de hacer, encerrados en nosotros mismos.

Las manos de María tenían toda esa belleza que se refleja en las manos que han trabajado, que han consolado, que se han tendido abiertas a los demás sin tregua ni medida.

Las manos de María lucían toda la belleza espiritual que transpiran las manos de una esposa y madre que trabaja con ellas. Y eran las manos de una verdadera Reina, que se elevan felices para acariciar al mismo Dios, hecho Niño, sentado en sus rodillas.

Manos que andaban entre los pucheros, o planchando la ropa, o dándole a la escoba... Admirable contraste. Manos hechas al trabajo, al agua fría del lavadero del pueblo, a la limpieza de la casa; a lijar y mover maderas ayudando a José... Pero manos que nunca perdieron por eso su finura encantadora. Manos abiertas y disponibles a las necesidades de todos; de los vecinos, de los enfermos, de los marginados de Nazaret. Manos que tocaron muchas puertas para ofrecer ayuda, y muchas llagas para curarlas y vendarlas. Manos discretas, llenas de bondad generosa y callada. Manos que daban gloria a Dios en cada trabajo sencillo y humilde. Manos que siguen trabajando sin descanso y a través de las cuales nos llegan copiosas todas las gracias de Dios a cada uno de nosotros.

Cabe preguntarse, **¿cómo están nuestras manos?** ¿Las usamos, las empleamos para la gloria de Dios? ¿Nos manchamos las manos? Es decir, ¿trabajamos, nos esforzamos, nos metemos a fondo en todo lo que tenemos

que hacer cada día? ¿Nos manchamos las manos en el trabajo? ¿Nos las manchamos en los propios estudios? ¿Nos las manchamos en obras de caridad y misericordia para con los necesitados? O quizá se nos puede aplicar eso de: "tiene las manos tan limpias, que parece que no tiene manos". María, en cambio, tiene manos. Las manos de una Madre.

Uno de los medios de expresarnos y manifestarnos al exterior, es por medio del lenguaje de nuestro cuerpo. Y, en primer lugar, por las manos. Según el gesto que empleemos, puede significar: llamada o repulsa, caricia o desprecio...

Tus manos, María, fueron la cuna más acogedora que tuvo Jesús. Con ellas amasabas el pan con el que se alimentabas a Jesús, desconocedora de que un día no lejano, el Pan cobraría nuevo significado: sería Pan de Eucaristía, Pan de Vida. Tus manos las empleabas también cada día para enseñar a rezar a Jesús.

Entrelazadas, tus manos fueron también **manos sacerdotales,** para iniciar una plegaria. Porque tus manos, cual las del sacerdote, sostenían al Hijo, como anticipada Eucaristía, para que todos pudieran contemplarlo, gozarse con su sonrisa, y que la gente pudiera besarlo y acariciarlo.

Sabemos que la verdadera amistad y fraternidad, humana y cristiana, nace de aquellas palabras: "*Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos..."* (Jn 15,15). Un amigo es mucho más que un siervo; es un colaborador, es un confidente, con el cual existe una comunión de vida, de proyectos, de ideales.

Cristo es el verdadero Amigo. El que tiene los sentimientos más humanos nobles y profundos. De ahí que, los "amigos de Jesús" debemos amar como Él amó. La prueba concreta de que amamos es la observancia de los Mandamientos: *"Quien me ama, guarda mis mandamientos... Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros como yo os he amado"* (Jn 14).

Seremos "amigos de Jesús", cuando seamos artífices de ese mundo nuevo que Dios quiere ofrecer, y ofrece, a los hombres. Mundo que Jesús anunció con su persona, con sus palabras, y con sus gestos y hechos.

Seremos "amigos de Jesús" cuando todos podamos tomarnos las manos y rezar juntos, como hermanos, el Padrenuestro.

CUADRO 5

MARÍA, EN LA VIDA DE LA IGLESIA

El Concilio de Éfeso, (431) **te proclamó la "Theotokos",** es decir, **"Madre de Dios".** Madre del Dios encarnado. Ya antes del Concilio de Nicea (325) te llamaban la "nueva Eva". Y a Cristo el "nuevo Adán".

Los Padres Apostólicos, por ejemplo, san Ignacio, ponen de relieve su maternidad divina. **En el siglo II,** Justino en Roma, Ireneo en Lyón y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, de san Pablo en la Carta a los Romanos (Rom 5, 12-21), desarrollan el paralelismo análogo: Eva-María.

La expresión **"toda santa"** (panaghia) es de la primera mitad del siglo IV. Y llegó a convertirse en expresión común de la literatura bizantina, con base bíblica.

Todo esto, devoción, títulos, etc., que se dan a María, está basado en la Biblia y en la Tradición, transmitida por los antiguos Padres, y que culminó en la definición del dogma de la **Maternidad divina** de María. Dogma, por lo demás, proclamado contra Néstor en el **Concilio de Éfeso**.

Las fiestas de la Virgen están íntimamente ligadas al Misterio de Cristo, de tal manera que se consideran como fiestas del Señor. En cuanto a la **Asunción de María** a los cielos, fue el **emperador Mauricio**, hacia el año 600, quien prescribió su celebración en todo el Imperio con fecha del 15 de agosto.

María, deja, pues, que te digamos: Tú fuiste la primera y mejor discípula del Señor. De ahí que Orígenes, san Basilio, san Juan Crisóstomo, te señalen como camino de progreso en la virtud. Por eso, Madre, con gozo y admiración te decimos:

Luz de Madre es tu mirada
bellos tus ojos, María,
que tanto afecto derraman
en el alma de tus hijos
que con cariño te aclaman
por Reina y Madre, Señora.

Unos te cuentan sus penas
otros te expresan deseos,
pero quién más y quién menos
cosas íntimas te cuentan
que solamente a una madre
muy en secreto se dicen.

Todos acuden contentos
a depositar un beso
en tu imagen milagrosa
y desgranar dulcemente
una plegaria y un rezo.

Los años pasan, y los siglos. Y estamos en el XXI. Pero María no pasa. Y artistas, poetas y devotos, cristianos y no cristianos, se inspiran en ella. Ante la Medalla Milagrosa deja que te diga:

Tiene tu nombre, María,
el color azul de un poema,
hermosa Mujer Nazarena.

Cinco letras,
con sabor a Mujer Hebrea
desvelan tu nombre: María.

Cinco recuerdos prendidos
lo mismo que los luceros
del firmamento azul de tu cielo
donde noche a noche desgrano
del rosal de mis recuerdos
pétalos de avemarías que guardo
desde cuando, y apenas, era un niño.

Hoy al pronunciar tu nombre, Madre,
ahora que ya soy grande
es como arribar al puerto
tras cruzar el mar de la vida
y al llegar, encontrar escrito
en el corazón del tiempo
tu hermoso nombre: María.

Cuando trémulos, mis labios

tu dulce nombre pronuncian,
siento que tus lindos ojos
con amor maternal me miran,
lo mismo hoy, que antaño.

Por eso, y por tantas cosas,
tus cinco letras
son como cinco rosas,
con sabor a néctar de poema
en el fervor de mis besos.

CUADRO 6

A ORILLAS DEL LAGO DEL ARPA

A diferencia de Cristo, el Evangelio nunca presenta a María paseando por las orillas del lago de Genesareth. Y, sin embargo, es muy probable que más de una vez y de dos anduviera por allí, en las tantas veces que, sin duda acompañaría a su Hijo en sus correrías apostólicas; como lo hacían otras mujeres que cita el Evangelio. Algunas, sumamente agradecidas por haber sido curadas. Otras, posiblemente, por ser esposas de los discípulos. (Lc 8,2).

Cualquier persona que se haya acercado al lago de Genesareth, y haya rememorado, siguiendo el Evangelio, las andanzas de Jesús por sus orillas, a buen seguro que habrá sentido gozo y emoción grande en su corazón.

Desde el recuerdo entrañable de visitas realizadas, quiero acercarme hoy en la remembranza de los recuerdos.

Los grupos de peregrinos iban partiendo de Nazareth con distintos rumbos. Mi grupo se detuvo en Séforis.

Séforis había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, siendo gobernador de Siria. También Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia. Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Y, hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

Es posible que fuera aquí donde nació **Ana, la madre de la Virgen María.** De hecho, las ruinas que estábamos fotografiando pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor.

Me imaginé al ejército de los Cruzados saliendo en ayuda de Tiberias sitiada por Saladino. Y podía imaginarme la gran nube de polvo que quedaba flotando a media altura según se retiraban los soldados, marcando así la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesareth.

Las ruinas de Séforis iban desapareciendo de nuestra vista según nos alejábamos. ¿De qué sirvió que Zahir el-Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII? La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer. Me pregunto, ¿por qué los hombres hemos de estar siempre en constantes guerras?

A mi mente acudían retazos de historia. ¿Qué estaba ocurriendo cerca del lago? Me imaginé la escena. Efectivamente, en Tiberias, Saladino esperaba a los Cruzados. La distancia de los aproximados treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía ahora en mi mente, en distancia de siglos. Un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada.

De pronto un grito: "¡Hay fuego en los **Cuernos de Hittín**! ¡Los Cruzados han sido sitiados y están abrasándose bajo sus armaduras…!".

El lago mantenía su calma habitual; pero no se veían barcas de pescadores mientras el agua rizaba suavemente la orilla. Desde cualquier parte que uno mirara, el humo subía, como un holocausto, desde los Cuernos de Hittín.

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los Cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

¡Qué horrible pesadilla! Pero no, no era una pesadilla, sino la cruda realidad lo que la historia me retrotraía a la mente. Era el año, infortunado año, de 1187. Fue el **fin del reino Latino de Oriente.**

Ajenos a mis personales perspectivas de los acontecimientos, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas a todas partes.

Hacia el este, está el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna. Era paso obligado. Nos detuvimos en Caná. La misma que ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Y allí estaba ella: María, la madre de Jesús.

La fiesta estaba en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Luego de varios días de

celebración acostumbrada, casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana. Milagrosamente añejado, el vino se convertía, a partir de ahora, en el signo de la fiesta, la alegría y el Amor.

Llegados a Caná, es obligado entrar en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renuevan jubilosos sus compromisos matrimoniales.

Al salir, vi que la gente se apresuraba a visitar las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje; sin faltar, por supuesto, alguna botella de vino, memorial del milagro de Jesús.

Una copa de vino podía ser suficiente distracción para ir dejando atrás el recuerdo de dramáticas batallas en terreno que nuestros pies estaban recorriendo ese día. Antes los habían recorrido las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufriendo la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestre del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino. ¡Cómo no recordar…!, si ahí acabó el reino latino de Jerusalén. Si ahí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después. En el almanaque cristiano era un 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en un hermoso caballo alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

La panorámica que se ofrecía a la vista era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago.

Lago para soñar. Evocador, único. **Fue a sus orillas donde Jesús de Nazareth, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad.**

La paz que el bíblico lago transmite es única. Sentado en la orilla me quedé absorto, contemplándolo. Se conoce también como el **lago Kinneret, el lago del arpa.** Se me antojaba música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentes.

Nunca, ningún otro lago fue capaz de elevar tan alto los pensamientos. Nunca, un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor. Y es nunca, un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesareth, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla, donde en el devenir de mi ensoñación, aún no se construye Tiberias, sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, descansan las barcas. Sobre las suaves olas, hay embrujo de amanecer y de peces. A lo lejos, acercándose, se dibuja la silueta de un hombre bueno que dice: *"Echad las redes a la derecha".* Y también: *"Venid conmigo, os haré pescadores de hombres"* (Mt 4,19).

Me pareció ver que los pececitos dorados jugaban junto a la barca de Simón, al que Cristo apodó Pedro (Piedra). Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, se escuchaban, arrastraban por la brisa, las palabras de Jesús: *"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque vuestro es el reino de los cielos"* (Mt 5,3).

Había que continuar el viaje. Ya en el hotel, la vista del lago es sensacional. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, porque aún no estaba construida, fue fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio.

En ella encontraron refugio un día los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano. En ella se compiló la Mishná, y se completó el Talmud. En ella fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben—Zakai, y muchísimos otros. Tiberias es la ciudad santa del judaísmo.

Qué hermosas las noches cuando los barcos surcan el lago, repletos de gente, entre algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los más jóvenes. Las pequeñas olas trazan nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del lago, que tiene forma de arpa.

¡Oh, sagrado lago **Tiberíades**, o **Genesareth**, o **Kinneret,** llamado también así por su forma de arpa, santificado por tu Hijo, Virgen María, ¡bendito seas!

Lago del arpa, Kinneret,
con sabor a vida y Evangelio,
tan lleno de historia sagrada,
redes colmadas de peces,

y de gentes humildes
que escuchan sin cansancio
la voz del Nazareno
hablando desde la barca.

Lago de suave oleaje,
de encuentros amables
con el día a día de la gente,
y la novedad sublime
del sermón de las Bienaventuranzas.

Kinneret,
contemplarte es sentirse acariciado
por tu música y la brisa,
en lo más íntimo del alma,
es sentirse purificado por el fuego
encendido por Jesús
en la arena de la playa
para que almuercen sin miedo
los pescadores de hombres
y el viento esparza
las palabras del Maestro
que camina sobre el agua.

EPÍLOGO Y FINAL

Permítaseme concluir esta *Oración poética a la Virgen de la Medalla Milagrosa* con este poema:

Santa María, de la Medalla Milagrosa,
eres, de sueños de vida inspiradora.
De Dios la amada,
de azul y blanco, la Inmaculada.

Eres la divina Gracia, en Cristo instaurada,
orgullo del Dios que levanta
de lo más bajo al más pobre.
Eres Mujer que une
el original resplandor primero
con la luz eternizada
en Cristo resucitado.

Mujer de la Historia eres,
y puente del Dios que unió
el cielo con la tierra.

Inefablemente intacta,
grávida del amor del Dios eterno,
Madre eres de los hombres
que adoran a Jesucristo,
también de los que no le aman.

De la humanidad esperanza firme,
son rayos de luz tus manos,
por eso, con fe te decimos:
"ruega por nosotros, pecadores".

Que hora es del mediodía,
hora es de la alegría
cuando el ángelus suena
y el campanil de la torre
que al repicar susurra:
"Ave, María, la llena de Gracia".